

NIETZSCHE O ARISTÓTELES

María del Carmen Santos. Universidad de Sevilla

La ética no es un tipo de saber sino una forma de vivir. Sus verdades no se aprenden asistiendo a conferencias o participando en seminarios, sino prácticamente, participando desde la infancia en formas de vida común, cultivando determinados hábitos. Por eso, el desacuerdo moral que invade nuestro tiempo es síntoma de una crisis vital que nos amenaza. Llamar revolucionario a este momento sería inexacto, porque carece de la fuerza y lucidez que parecen acompañar a toda revolución y además el esquema de la revolución científica o política no se adecúa al ámbito moral. No obstante, es fácil constatar la crisis de valores, vigentes e indiscutibles en otro tiempo, en las formas de vida más que en las discusiones y discrepancias teóricas. La divergencia de las numerosas propuestas morales se agudiza al constatar que el lenguaje se ha vuelto inadecuado para unificar y dar razón de este hecho común: el desacuerdo. No parece viable lograr un pacto moral en nuestra cultura que, pese a todo, insiste con tono cada vez más patético en la urgente necesidad de dialogar para lograrlo. Así nos llega la «ética dialógica»: autoconstituyéndose en la palabra, sobre las superadas éticas teleológicas o deontológicas. El diálogo es el tema ético de nuestro tiempo. Pero tematizar el diálogo puede atentar a su encubrimiento, porque es más importante por previo, saber de qué se va a hablar y para qué; saber quiénes y cómo son los interlocutores..., cuestiones éstas que tampoco interesan -al menos explícitamente- a estos organizadores del debate.

Una tarea menos urgente que el pacto, pero más radical y reveladora del estado de los hechos, es preguntarse por la trayectoria histórica que ha conducido a esta situación. Es la tarea que emprende Macintyre¹, cuya tesis vamos a seguir.

Macintyre cree que el estado caótico del lenguaje y la práctica moral contemporáneos obedece a su carácter fragmentario. Nuestros conceptos morales (virtud, obligación, deber o justicia), procedentes de épocas

¹ Macintyre, A.: *After virtue*. University of Notre Dame Press 1984. Traducción castellana de Amelia Valcárcel, 1987.

pasadas, descontextualizados y ajenos a la totalidad a la que pertenecían, convierten los debates en confusos y arbitrarios.

Sin embargo, fue el descredito de la teleología aristotélica el origen de este camino sin salida. Esta tesis que será el eje de toda la obra, es mantenida hoy con estas palabras: «Tengo la convicción de que los problemas morales, políticos y metafísicos sólo se pueden plantear y resolver adecuadamente dentro de un sistema aristotélico».²

El análisis histórico retrospectivo de estos hechos comienza por el emotivismo. Esta corriente, incorporada totalmente a nuestra cultura, invalida toda discusión moral. Nada ni nadie puede garantizar un acuerdo moral, al ser los juicios y posturas éticas expresiones subjetivas de preferencias o actitudes morales que de suyo no son verdaderas ni falsas. Esta postura, que ha ido consolidándose desde Hume a Stevenson, forma parte de nuestro ámbito cultural y es el fundamento de una sociología que coherentemente, no puede distinguir las relaciones manipuladoras entre los hombres de las que no lo son. Los otros quedan reducidos a simples medios de mis proyectos y ambiciones. La evocación por contraste de la ética kantiana, para la que una acción moral se determina precisamente al considerar a los demás como fin en sí mismos y nunca como medio, no impide a Macintyre advertirnos de la proximidad de sus orígenes. Como veremos Kant y el emotivismo pertenecen a una misma trayectoria histórica, en la que unos son consecuencias lógicas de otros.

El emotivismo culmina considerando a los otros como simples instrumentos al servicio de los proyectos de cada cual. Preguntar horrorizados cómo sería el mundo desde esta convicción es una cuestión retórica, pues ese es precisamente nuestro mundo, el que nos envuelve y amenaza. Distinto es preguntar por qué y bajo qué servidumbres se borró la distinción entre buenas y malas acciones. Pero lo cierto fue que sin criterios últimos a los que apelar, el desacuerdo primero y luego el caos, se hizo inevitable, aunque se disfrazara con el noble título de «pluralismo».

Este síntoma, que para muchos fue ganancia y otros interpretaron como pérdida y enfermedad, tiene causas históricas concretas, aunque lejanas. Es la propuesta de Macintyre. Su tesis: que el emotivismo es el resultado -último eslabón- de una línea histórica que se originó con la ruptura del esquema teleológico. Dicho esquema, subyacente en toda la tradición clásica, se forja en las sociedades heroicas y alcanza a la Edad Media. Y aunque el lugar de honor lo ocupa el pensamiento Aristotélico,

² *Revista Atlántida* n.º 4, 1990, p. 87.

incluye las variantes del cristianismo, del pensamiento judío y musulmán. En todas es nuclear la idea de un *telos* humano. La vida humana concebida como unidad narrativa. En clave aristotélica, la actualización de posibilidades; es decir, que el hombre *tal como es*, pueda convertirse en lo que podría ser si realizara su naturaleza esencial.

Se compone de tres elementos:

El hombre tal como es.

El hombre como puede llegar a ser si realiza su *telos*.

Los preceptos o normas que conducen de un extremo a otro.

Así que la tarea de la ética durante toda esa tradición fue precisamente la de indicar el camino para lograr llegar a la 2ª situación desde la primera. Desplegar esta cuestión lleva a Macintyre a hablar de la praxis humana, de los bienes internos a ella, de lo que es la tradición en la virtud... y en definitiva de la temporalidad, con matizaciones ajenas a la «pericia gerencial» y «la eficacia del burócrata».

Pero este esquema empieza a declinar con los últimos medievales y se resquebraja definitivamente con el protestantismo, al incorporar una concepción de la razón *caída*, incapaz por tanto de lograr el conocimiento del fin del hombre. La estructura se quiebra precisamente en el elemento clave: el *telos*, quedando reducido a la experiencia de la condición humana (el hombre tal como es) y a las normas y preceptos heredados en las costumbres y códigos morales. Al carecer el puente de un extremo: el *telos*, y acabar en el vacío, consigue que las normas no conduzcan a ninguna parte. El absurdo llama a la puerta de la moral. Y con todo esto surge un nuevo problema, un problema moderno: la fundamentación racional de esos preceptos heredados y compartidos. Es el proyecto -el osado proyecto- del pensamiento ilustrado, al que dedican sus mejores esfuerzos Hume, Diderot, Kant y Kierkegaard, aunque invocan como premisas la pasión, el deseo, la razón o la elección. Pero en la misma medida en que conquistan triunfantes la autonomía moral, el fracaso de su empresa les amenaza.

Ya es soberano al fin, el agente moral. Se liberó de tutelajes teleológicas, jerárquicas o legales..., pero sigue aferrado a encontrar una justificación racional -es el siglo de las luces- para aquellos viejos preceptos -propiedad, castidad, justicia- que el progreso no ha conseguido sacudir.

Este proyecto pervivió durante dos siglos..., pero su fracaso estaba decretado: «Quiero postular que cualquier proyecto de esta especie estaba predestinado al fracaso, debido a una discrepancia irreconciliable entre la concepción de las reglas y preceptos morales que compartían por un lado y por otro, lo que compartían -a pesar de grandes diferencias- en su concep-

ción de la Naturaleza humana».³ Precisamente su fracaso abonará el terreno al emotivismo. A partir de ese momento la moral disfraza y oculta más que ilumina. Provee de máscaras a cualquier rostro que lo desee. Así lo vio con lucidez Nietzsche, que se burla de todo intento de fundamentar la moral. Él supo antes que nadie ver las consecuencias del fracaso ilustrado.

Detectar en toda apelación a la objetividad el encubrimiento de una voluntad subjetiva. Cualquier intento de fundar la moral en los íntimos sentimientos, en la conciencia o en el imperativo categórico es burlado por Nietzsche. Pero es en su búsqueda *implacablemente seria* donde ve Macintyre su grandeza y no en sus frívolas soluciones. Nietzsche, en efecto, sería por ella el filósofo moral de nuestro tiempo, de siempre, si la única alternativa a su moral fueran las propuestas por los filósofos ilustrados. Pero no es completa esa alternativa. Porque hay una tercera vía. Porque la crítica aparentemente triunfante de Nietzsche y los emotivistas contra toda moral anterior, descansa en el fracaso del proyecto ilustrado, que a su vez se levanta sobre el rechazo de la tradición moral aristotélica. Así que el veredicto de Nietzsche pende de esta pregunta: ¿Fue correcto rechazar a Aristóteles? De no serlo, surge ante nosotros otra alternativa: Nietzsche o Aristóteles. Porque la coincidencia con Nietzsche en el diagnóstico de la moral ilustrada se rompe al intentar ver sus causas. Para Macintyre este fracaso no es más que la consecuencia del rechazo de la tradición aristotélica. Así que: «O bien continuamos a través de las aspiraciones y colapsos de las diversas versiones del proyecto ilustrado hasta recabar en el diagnóstico de Nietzsche, o bien mantenemos que el proyecto ilustrado no sólo era erróneo, sino que ante todo nunca debería haber sido acometido. No hay una tercera alternativa».⁴ Es así como ve el panorama Macintyre: «Si no es posible indicar la tradición aristotélica, la postura de Nietzsche se afirmará antes o después. Pero si apostamos por la primera, reaparecerá una vieja pregunta en el horizonte moral: ¿Qué clase de persona voy a ser?». Esta pregunta es más radical y originaria que las que se hizo toda la modernidad: «¿Qué reglas debemos seguir?» y aún más: «¿Por qué debemos obedecerlas?»

En las virtudes, las reglas quedan integradas en realidades humanas más fundamentales. Reconquistar la virtud y con ella las nociones -las realidades- de praxis, tradición y *telos*. Porque sin *telos*

³ Macintyre, A., *op. cit.*, p. 75.

⁴ *Ibid.* p. 152.

no hay moral. Esa es la relación que aprendimos. Su abandono margina el núcleo de todo planteamiento moral. Si la vida humana es algo más que eficacia o pericia gerencial, si cada hombre camina hacia una unidad narrativa desde la tradición de la que forma parte, el acuerdo es difícil pero posible. Un acuerdo que va más allá del consenso -tan imposible como inexplicable si se diera- porque viene también de mucho más lejos.